



Capilla de San Honorato en Bretaña.

CRONICON ALBELDENSE.

(Conclusión.)

71. El ya nombrado Abadella, hijo de Juph, por bienquístarse con los cordobeses, se declaró en pugna contra sus tíos y hermanos, pero en el mismo invierno por tenacidad del citado Abadella, su tío Imael y el primo de este Imael-Iben-Fortum, levantaron un ejército de cerca de siete mil hombres para hacerle la guerra. Abadella les aguardaba en un monte fragoso, en el que sin reflexión se ocultaron ambos Imael con algunos siervos y hombres de armas. Abadella cayó sobre ellos de improviso, y al huir Imael-Iben-Fortum, fué derribado del caballo y hecho prisionero. Del mismo modo Imael-Iben-Muza, queriendo libertar y defender á su pariente, fué rogado, como también muchos de los valientes de Benikazi. El resto del ejército que estaba en la llanura huyó.

72. El victorioso Abadella envió sus prisioneros encadenados á su castillo de Beccaria. Marchó sobre Cesar Augusta; la tomó sin oposición, y la sujetó á sus leyes. En seguida envió á Córdoba sus emisarios, que alcanzaron del Rey la paz que observó con fidelidad. Mas como aquella ciudad fuere reclamada por el Rey de Córdoba, y no conviniere en ello Abadella, se comovieron los Cordobeses, pero en breve se hicieron todos amigos. Abadella libertó á su tío, se apoderó del castillo de Balterra, dió también libertad á su primo, tomó de este á Tutela y al castillo de San Esteban, y conservó á Cesar Augusta.

73. En los mismos dias, Didaco, conde de Castilla y Vigila de Alava, sostuvieron muchos combates con Abadella, el que viéndose muy estrechado, envió legados á nuestro Rey para proponer la paz, pero aquel no la aceptó. Continuó sin embargo en amistad con nosotros, aunque nuestro príncipe nunca consistió en ella.

74. Después en la Era DCCCCXXI, que es el presente año, el referido Almundar, hijo del Rey Mahomat, con el capitán Albohali, y todo el ejército de España, se dirigió por mandado de su padre á Cesar Augusta, donde encontró á Abadella que había vuelto allí. Solo dos dias guerrecó pero en tan corto tiempo arrasó los campos y los árboles, no solo en Cesar Augusta, sino en toda la tierra de Benikazi. También entró y destruyó en la parte de Degium (Deza), mas no pudo hacerse dueño de ninguna de las ciudades y castillos recientemente poblados. Poco tiempo después invadió la misma hueste los dominios de nuestro Rey, y perdió primero en el castillo de Celorico, donde perdió muchos de los suyos. El conde Vigila lo defendía.

75. Llegó después al castillo de Pontecurbo, en los linderos de Castilla, é intentó tomarlo; pero al tercer dia, viendo cuán inútiles sus

esfuerzos, se retiró. Era su defensor el conde Didaco. Tampoco logró apoderarse del castillo de Sijerico, que estaba á la sazón muy fortificado. Por el mes de agosto avanzó Almundar hasta los términos de Legio. Mas habiendo llegado á sus oídos que estaba nuestro Rey en aquella ciudad dispuesto á defenderse y á combatir en el castillo de Sublancia, partió de noche desde el rio Zela y llegó al caer el dia al mismo castillo antes que nuestro ejército pasase el rio, pero encontró desiertas las casas. Al dia siguiente estaba nuestro Rey aprestado para la batalla, pero la referida hueste de los enemigos, no solo no llegó á Legio, sino que retrocedió sin atravesar el rio Estora por el castillo de Covanka y Zejam, arrasando á su paso hasta los ciéntenos la casa de los santos Facundo y Primitivo (1). Continuando entonces la retirada, entraron en España por el puerto que llaman de Balatcomelti. El mismo Albohali, cuando se hallaba en las cercanías de Legio, rogó repetidas veces con la paz á nuestro Rey. Este nombró al efecto por delegado á Dulcideo, presbítero de la ciudad de Toledo, que partió con cartas para el Rey de Córdoba en el mes de Septiembre, y aun no regresó en el corriente mes de Noviembre.

76. El ya referido Abadella, no cesa de instar con la paz y amistad á nuestro Rey, pero aun no sabemos lo que Dios dispondrá.

ENTRADA DE LOS SARRACENOS EN ESPAÑA.

77. Como ya dijimos arriba, reinando el Godo Roderico en España, se movió escision entre los hijos del Rey Viziano, que deseaban destruir el Reino con la ayuda de los Sarracenos que habían entrado en España en el tercer año del reinado de Roderico el día III de las idus de Noviembre, Era DCCLII. A la sazón reinaba en Africa Iltit Amisalmu-mlain, hijo de Abdelmelic, y corria el año C de los Arabes. El primero que entró en España con la mas escogida de los moros, fué Abzuhura, que estaba á las órdenes de Muza, general en Africa.

78. En el siguiente año entró Jarik. En el tercero, continuando la guerra de Jarik con Roderico, entró Muza-Iben-Muzeit, y entonces acabó el reino de los Godos su honra y su gloria por el terror y el miedo.

De el fin de este Rey Roderico, nada se sabe hasta el dia de hoy.

AQUÍ SE ESPRESAN LOS CALDILLOS DE LOS ARABES DCC REINADOS EN ESPAÑA.

79. El referido Muza-Iben-Muzeit que entró en España, reinó I año y III meses.

(1) Era esta el monasterio de Sahagun.

Abdelaziz-Iben-Muza, reinó II años y VI meses.

Aiub, reinó I mes.

Alhor, reinó II años y X meses.

Zama, reinó III años.

Abderahaman, reinó I año.

Hodera, reinó I año.

Jahia, reinó I año y VI meses.

Hodiffa, reinó VI meses.

Autuman, reinó IV meses.

Geleitum, X meses.

Abdelmelic, reinó II años.

Arcuba, reinó IV años, V meses.

Abdelmelic, también reinó I año y I mes.

Abul-Hatar-Iben-Dimari, reinó II años.

Tauha, reinó I año II meses. Total XXXVII años y XII meses.

Estos caudillos permanecían poco en el gobierno, se sucedían unos á otros según disponía el Anfalmauminita. Ninguno de ellos fué gobernador vitalicio, hasta que vinieron á España los Venibumiefa.

SIGUEN AQUÍ LOS REYES QUE REINARON EN CÓRDOBA, DESCENDIENTES DE BENIHUMELA.

80. Juzef reinó XI años.

Abderrahaman-Iben-Mavia, reinó XXXIII años.

Eiscem, reinó VII años VI meses.

Albacam, reino XXVI años VI meses.

Abderrahaman, reinó XXXII años y VI meses. Este consiguió muchas victorias reinando en España Ordenado, Príncipe de los Cristianos.

Mahomath, reinó por espacio de XXXII años. En este tiempo Añuhalit, general de su ejército, como ya indicamos arriba en el catálogo de nuestros Reyes, fué hecho prisionero en los confines de Galicia, y presentado á nuestro Rey Alfonso en Oveto. Los Cristianos alcanzan muchos triunfos en España.

Los años de la dominación de los Arabes en España CLXVIII, y en el día III de las Idus de noviembre, principia el ciento setenta de la predicación del infame Mahomat en Africa; son CCLXX en la Era que corre de DCCCXXI.

81. Desde que los Sarracenos entraron en España hasta la presente Era LXIII (4) pasaron CCLXII. Desde el reprobado profeta Mahomat hasta la presente Era LXIII pasaron CCCLXIII años.

ORIGEN DE LOS SARRACENOS SEGUN ELLOS LO REFIEREN.

82. Los perversos Sarracenos creen proceder de Sarra, pero la verdad es que se llaman Agarénos por Agar, ó Ismaelitas por Ismael.

Abraham en Agar, engendró á Ismael.—Ismael engendró á Kaldar.—Kaldar engendró á Nepti.—Nepti engendró á Allumescia.—Allumescia engendró á Eldano.—Eldano engendró á Mueher.—Mueher engendró á Exeip.—Exeip engendró á Jamán.—Jamán engendró á Autih.—Autih engendró á Atinán.—Atinán engendró á Mahat.—Mahat engendró á Nizar.—Nizar engendró á Muldar.—Muldar engendró á Hindaf.—Hindaf engendró á Mutirik.—Mutirik engendró á Humeia.—Humeia engendró á Kinana.—Kinana engendró á Melik.—Melik engendró á Fehir.—Fehir engendró á Galib.—Galib engendró á Jubel.—Jubel engendró á Murra.—Murra engendró á Kelib.—Kelib engendró á Cuztei.—Cuztei engendró Abdilmetef.—Abdilmetef engendró dos hijos: Escem y Abdiscemiz: Abdiscemiz y Escem fueron hermanos. Escem engendró á Abdelmutalib.—Abdelmutalib engendró á Abdella.—Abdella engendró á Mahomat, que fué mirado como Profeta por los suyos.

Abdiscemiz, hermano de Escem, engendró á Humeia.—Humeia engendró á Abiliz.—Abiliz engendró á Accam.—Accam engendró á Maroam.—Maroam engendró á Abdelmelic.—Abdelmelic engendró á Iscem.—Iscem engendró á Mavia.—Mavia engendró á Abderrahaman.—Abderrahaman engendró á Mahomat.—Mahomat engendró á Almudrar.

84. Está Mahomat reinó en la referida Era de DCCCCI, y guerraó con el Rey Ovetense, llamado Adelfonso. Permita la divina clemencia que los Ismaelitas sean espulsados de nuestras provincias hasta mas allá de los mares; que su nombre sea olvidado, y que su reino sea perpetuamente concedido á los fieles de Cristo.—Amen.

EXPLICACIONES DEL ORIGEN DE LA NACION GODA.

84. De Gog tomaron el nombre los Godos. Y así como por toda la nación de los Ismaelitas solo se escribe Ismael, como se deduce de aquellas palabras del Profeta: pon tu rostro contra Ismael; por toda la nación Goda, solo se escribe Gog, de quien proviene y de quien tomó nombre. Ya unque San Isidoro en su Crónica afirma que esta nación es antiquísima, dice se originó de Magot hijo de Jafet, es lo mismo, pues Magot y Gog son un solo nombre, como se deduce del Profeta Ec-

coquiel. También lo asegura el Génesis cuando expresa que de Magot hijo de Jafet, tomaron el nombre los Godos, la Golia y la Scitia.

85. También cuando los Sarracenos poseían toda la tierra de los Godos, encontramos cumplida aquella profecía del libro de Ezequiel: «Tú, hijo del hombre, pon tu rostro contra Ismael y háblales diciendo: «Te entregué naciones fortísimas; te multipliqué, te ayudé y armé tu diestra con la espada y la izquierda con saetas, para que destruyeras las naciones que se rindieron ante tu faz como la paja seca ante el aliento, y entrases en la tierra de Gog con planta firme y matases á «Gog con tu espada, y posesies el prí sobre su cerviz, y hicieses á sus «vassallos siervos y tributarios tuyos.»

86. Todo esto ya lo vimos realizado. La tierra de Gog llamada España estaba bajo el dominio de los Godos, mas por los delitos entraron en ella los Ismaelitas, y los dieron muerte con la espada, y los hicieron tributarios como se vé en el tiempo presente. Lo mismo repite el citado Profeta cuando vuelve á decir á Ismael: «Porque olvidaste á tu «Señor te olvidé yo, y te entregué en manos de Gog, y te contristé «por CCLXX tiempos, haciendo contigo lo que tú hiciste con otros.» Nuestra esperanza es en tí oh Cristo! para que cumplido este tiempo de CCLXX años desde que entraron los enemigos en España, sean reducidos á la nada y restablecida la paz de su Santa Iglesia (porque los tiempos se reputan por años). Permítalo así Dios omnipotente para que humillada la soberbia de sus enemigos, se acreciente y prospere la Iglesia Católica. Amen.

ADICION DE LOS REYES PAMPLONENSES.

87. En la Era DCCCXLIII, Sancio Garseano tomó en Pamplona el nombre de Rey. Señalase por su veneracion á la fé de Cristo, y fué piadoso y compasivo con todos los fieles y oprimidos Católicos. ¡Qué mucho! Si fué excelente en todos sus hechos. Batallador con los Ismaelitas enemigos, hizo en sus tierras repetidos estragos. Dió principio por Cantabria, y desde la ciudad de Nájera hasta la de Tudela los tomó todos los castillos. Poseyó la tierra que dicen Begensem con todas sus ciudades. También sometió á sus leyes á la fuerte Pamplona, y se apoderó de todas las fortalezas del territorio Aragonés. Despues de espulsados los enemigos, murió violentamente el año XX de su reinado. Fué sepultado en el pórtico de San Esteban, y reina con Cristo en el Cielo.

Su hijo Garsea reinó XL años; fué benigno y ganó muchos triunfos á los Sarracenos, y así murió. Su sepulcro está en el Castillo de San Esteban.

Sucedióle en el Reino sus hijos Sancio y Rahimiro, á los que Dios omnipotente conserve por mucho espacio de años. Amen.

Corriendo la presente Era LXIII.

FIN.

VIAJE AL SAHARA.

Siempre encontramos novedad en las noticias que nos traen de Africa los viajeros. Aun hoy que se conocen tan detalladamente las costumbres y el carácter de casi todos los pueblos del mundo, no dejan de encontrar algo nuevo y muy curioso los que visitan el gran desierto del Sahara. En esta parte del Africa hay muchos pueblos y multitud de tribus cuyas costumbres y hasta existencia ignoramos. En 1845 emprendió M. Jaques Richardson un viaje desde Trípoli á Ghraí y Ghradamés, en que invirtió ocho meses.

Hé aquí algunas noticias con respecto á este último punto.

Desde Trípoli á Ghradames, dice M. Richardson, hay por el camino mas directo unas 150 leguas. El calor en aquel pais es terrible, no dejándome ni aun conciliar el sueño, y aun llegué á creer que moría sofocado. Por fin, el 26 de agosto descubrimos la poblacion, que se presentó á mi vista como una línea negra en el horizonte: esto era el efecto de un dilatado bosque de palmeras.

La llegada de un cristiano es allí un acontecimiento; así es que bien pronto me rodearon contemplándome. Entramos en la ciudad por la puerta meridional, que parece tener unos diez siglos de antigüedad, y se encuentra casi destruida.

Rodeado de la multitud que repetía, *Es-slamah! Es-slamah!* ghud! salud!, me dirigí á casa del gobernador, que me recibió cordialmente y me hizo tomar café.

La casa que se me habia preparado era muy cómoda y limpia, y estaba situada en un barrio próximo á la habitacion del gobernador. Procuré dormir, pero me fué imposible. Entonces pasé á bañarme en el manantial, genio creador de esta poblacion, y que la ha levantado en medio de un monton de piedras y arena. Allí vi por primera vez á los Touareg, que en su mayor parte habian ido para asuntos de comercio.

Si grande fué mi asombro, mas fué el suyo, y aun de esclamar á algunos de ellos: Alá! Alá! ¿cómo ha venido aquí un infiel? Después de comer di un paseo por la ciudad, que me agrado bastante: es mucho mejor que Tripoli. En sus calles no se ven mendigos, y el pueblo está bien vestido; bien que á la llegada de una gran caravana se ponen sus trajes de fiesta.

Todo europeo es un médico para las poblaciones orientales, y no

bien hubo llegado cuando me fué preciso recibir algunas consultas y recetar medicamentos. Felizmente no necesitaba gran ciencia, porque sólo tenía que curar males de la vista, que son allí las enfermedades dominantes.

Los mahometanos creen que los cristianos deben apoderarse un día de los países que ocupan; pero que en seguida, con la ayuda de Dios, volverán ellos á recobrar lo perdido. Por esta razon se vió allí mi pre-



(Sahara.)

sencia como un pronóstico de la ruina del poder musulmán en Ghiradames. Creían que yo era un espía, y otros que profanaba la santa ciudad. Se me convidó á comer tres días por el gobernador, siguiendo lo costumbre establecida.

Por la mañana temprano di vuelta á la ciudad, y empecé en ello, con un paso regular, hora y media. ¡Qué horrorosa escena de desolacion presentan sus cercanías! ni un arbol, ni una yerba, ni una criatura viviente! Se habla de los polos, pero aquí hay menos vida. Al oeste se estendian los grupos de colinas de arena, resplandecientes como la luz, y que á veces dejan de verse por sus brillantes reverberaciones. A mi vuelta, el gobernador me dijo hablando de los habitantes de Ghiradames: «Estos pobres tonlos creen que no hay otra ciudad como la suya: ¡qué dinan si viésen á Stambul! Los que no han visto á Stambul no han visto el mundo!» Las murallas de la ciudad estan hechas de ladrillos cocidos al sol, y de piedras; pero se encuentran en bastante mal estado, aunque los estrechos senderos que forman en el interior los cercados de los jardines son una buena defensa. La palabra *jardin* se aplica allí á la reunion de campos de cereales y plantaciones de olivos.

La poblacion paga al gobierno turco 6,000 mahbubs (unos 140 reales) cada año. Es poca cantidad para un punto de comercio; pero hay poco dinero, porque casi todo lo tienen los mercaderes de Tripoli.

El mercado es muy pobre, y la carne apenas se encuentra: suelen reunirse varias personas y entre todos compran un carnero que matan y dividen entre sí. La vista de algun ave es allí un objeto de curiosidad.

Cuando visité la casa de mi intérprete, vi que tenía en pequeñas habitaciones unos cuantos carneros. Estos animales son para los habitantes de Ghiradames lo que los puercos para los pobres irlandeses: verdaderos dioses penates. En el piso bajo tenían los almacenes: en el primero los dormitorios, y sobre este el terrado. Todo excesivamente pequeño. Unas escaleras de piedra conducen á los pisos. Todas las casas estan distribuidas de la misma manera, con la diferencia de ser mas ó menos grandes.

POBRES VERGONZANTES.

Hay en Madrid ciertas profesiones ú oficios, que no por no estar sujetos á la contribucion industrial, ni obtener patente de invencion, ni cédula de usufructo, dejan de ser mas ó menos lucrativos, y de bastar con su producto al sustento, y hasta al regalo de los que en ellos se ejercitan. Su escala es infinita; el campo que benefician inmensos; desde el tributo modesto que arrancan á la pública caridad, hasta los

regios favores del poder y de la fortuna; desde la mezquina sobra de la mesa del pobre, hasta la brillante carroza y el espléndido festin del magnate; desde el umbral humilde del asilo de San Bernardino, hasta las mismas cámaras del Palacio Real.

A esta industria colosal, aunque clasificada en diversas jerarquias y condiciones, se acógen y agrupan, segun su respectivo instinto, medios y ventura, aquella inmensa cohorte de individuos que sin mas facultades que las tres del alma, sin mas oficio que el de vivir, sin mas porvenir que el del presente día, amanecen en todos ellos sin saber á punto fijo si comerán ó no, dónde y á qué hora, se preguntan si llegada la de acostarse tendrán para reclinar su cabeza alguna cosa mas blanda que los soportales de la Plaza, ó los bancos del paseo del Prado; y sin embargo aquel día pasa y se encuentran con la agradable certidumbre de que han almorzado, comido y cenado á costa ajena, que han lucido sus personas (muchas veces en coche) por calles y paseos, que han asistido á espectáculos, á bailes y tertulias, que han disfrutado, en fin, de los mismos placeres y regalos que los duques de Osuna ó de Medinaceli.—No todos, es verdad, pueden prometerse tan lisonjero resultado de sus trabajos; pero tampoco todos tienen tantas necesidades, tantas exigencias propias, mas ó menos involuntarias, que satisfacer; no todos disponen de un capital igual de ingenio y ventura que aplicará aquel juego; pero todos ó casi todos, por escasos que sean sus medios de accion, consiguen imponer el censo de su existencia sobre la debilidad ó el orgullo ajena; todos estan seguros de alimentarse aquel día, seguridad que no tiene muchas veces el laborioso jornalero, ó el honrado menestral. La indigencia para ellos es un estado: los dones indiscretos de la vanidad y del orgullo hacen florecer su mendicidad.

Los más numerosos y modestos de estos vividores impertérritos, se colocan francamente en la posicion de *pobres vergonzantes*, ó *amendigos encubiertos y pudibundos* (segun la definicion del *Diccionario de la lengua*), escogiendo una actitud mas ó menos patética para implorar la caridad ajena.—Un militar retirado ó de reemplazo, cubierto de cicatrices mas ó menos honrosas, tuerto de una pierna y manco de un ojo, con un muestrario en el pecho de cintas mas ó menos verdes, azules ó encarnadas, se presenta, v. g., muy de mañana en vuestro despacho con cierto continente marcial y cierto desembarazo de campaña, y os hace presente que á la hora que corre (son las ocho y media) aun no se ha desayunado ni fumado un cigarro; y vosotros que á la sazón os hallais, por ejemplo, en bata y chinelas, sentados en una cómoda butaca entre la chimenea y el velador, y sobre este despachais, que supongo, el complicado expediente del chocolate ó del café, no tenéis que contestar á una interpelacion tan oportuna, y no podeis resistir el espectáculo de tan acerbo infortunio, y acabais por alargar la cafetera y la pataca á aquel héroe no comprendido, á aquel

Belisario de pié y medio;—O bien una encubierta dama, viuda de no sé qué intendente del Cuzco (en tiempo en que había Cuzco y se estilaban también intendentes), entra sin anunciarse, y os regala la historia de las conquistas de América desde Cristóbal Colon hasta Lola Montes, y los méritos y servicios del que Dios tenga en descanso, en la sorpresa de Buenos-Aires ó en el sitio de Panzacola; todo para deducir que la debéis dar un duro porque ponga un término á su histórica narracion y os deje en paz.—Ya es un patriota desdichado, victima de la revolucion ó de la politica, cuya manutencion pesa como un censo enfiteutico á cargo del partido á que dice que pertenecéis, segun el boletin de suscripcion que os presenta, cubierto de las firmas mas respetables y eufónicas, y al que llamariamos el *Album del infortunio*, si no estuviera tan aucho por los borrones ajenos y por las manos cigarrosas del poseedor.—Ya es un mal parado cesante, rueda descompuesta ó averiada de la máquina administrativa, que os recuerda vuestras antiguas relaciones infantiles de la escuela, que os viene á encarecer vuestro mérito, vuestra fama, vuestra bondad de corazon, y que acaba por exigi-

ros el debido tributo de tanta gloria, convidándose á comer en vuestra compañía, ó prestándose á admitir cualquier otro agasajo igualmente voluntario que le hagais.—Ya, en fin, nuevo anacoreta perseguido, tenéis que hacer frente á una funesta tentacion disfrazada bajo la forma de dos gentiles doncellas, hijas de viuda enferma é imposibilitada de acompañarlas, que vienen en alas de vuestra buena fama, y atraidas por el iman de vuestro tierno corazon, á desahogar con vosotros su angustiado pecho, á interponer su belleza, sus lágrimas y ternura en favor de la orfandad y de la miseria, á dejaros las señas de su triste retiro, las horas en que podéis acudir á remediar su desconsuelo, las bases del arancel á que podéis obtener sus mas tiernas simpatías.—Y vosotros (que supongo no estareis á la altura de fortaleza de un Antonio ó de un Gerónimo, y que no tenéis á mano un guijarro con que castigar el pecho para distraerle de aquella formidable embestida) tomáis la tarjeta de la casa, os informais de las horas de recibo, y estudiáis el arancel de su gratitud; y trocando los papeles os dirigis *vergonzantes* á solicitar los favores de aquellas pobres recatadas.



Tipo de Sahara.

No es solo el sexo débil y hermoso el que pone sus gracias y mérito personal á esta industria lucrativa; tambien el hombre, sobre todo si es buen mozo, sabe sacar partido de los favores que le prodigó la naturaleza, en desquite de lo que le negara la fortuna. Esta posicion de hombre-athaja, de galán vergonzante, de pasion de lujo, empieza en la equivocada categoria de el *chulito de á pié*, jóven travieso y agraciado de Lavapiés ó Maravillas, que acumulando ostensiblemente los officios de vendedor de fósforos, ó de fresas, de billetes de teatro, ó de abanicos y sonajeros, no es nada de esto en realidad, sino el señor feudal de ciertas infames mansiones, el sultan secreto de ciertos públicos harenes, el baratero de cierto juego industrial, el lirano, en fin, seductor y traficante de ciertas infelices mugeres, que le sacrifican su belleza, su juventud y hasta el precio de su infamia, á cambio de un amor que las mas veces se explica por medio del garrote y la navaja, á trueque de una posesion que casi siempre acaba por conducir las á la cama de un hospital.

Desde este primero y sucio escalon de la categoria de galanes vergonzantes, hay infinitos que recorren hasta lo mas alto de la escala,

pudiendo citarse entre otros el magnífico cazador, ó hermoso lacayo, cuyas hercúleas formas y despejado continente llamaron la atencion de su aristocrática señora; el esbulto manco y elegante abonado del paseo, del teatro y de la sociedad, que sirve de prospecto vivo á los sastres y peluqueros, de muestrario ambulante á las fábricas y almacenes; el jóven simpático y arrogante, el apestoso ginecista, el intrépido luchador, el desenfadado ingenio, el calavera en fin, de buen tono, que arrebató la atencion de las mugeres con sus gracias y gentileza, que causa la envidia de los hombres con sus triunfos, su boato y esplendor; y que sin embargo, pasadas las horas de su representacion teatral, se ve reducido á la condicion de galán vergonzante, de humilde y forzado adorador de una ex-behida del pasado siglo, que vierte sobre su protegido el tesoro de sus gracias y las gracias de su tesoro.

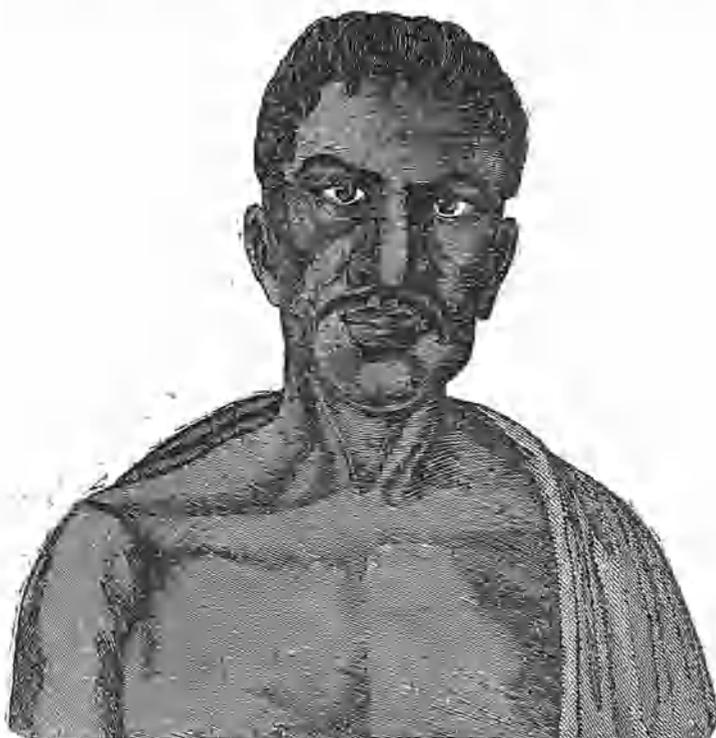
Los hay de estos dorados mendigos que no pueden sin embargo decidirse á encuadernarse en pergamino ni á vender completamente su posesion; pero su deseo de figurar en el gran mundo, de satisfacer las crecidas exigencias de su vanidad, les inclina á explotar una parte de sus talentos y aptitud, les impele irresistiblemente hacia las altas cla-

ses, hacía las elevadas personas, hacía los magníficos salones y opulentas cocinas.—Estos parásitos infatigables, perpetuos vividores, convidados de piedra á todo festín, asistentes gratuitos á todo espectáculo, comensales de toda sociedad, testigos de toda boda, padrinos de todo desafío-almuerzo, muebles de todo palco, y precisos operarios de todo tocador, tienen la dosis suficiente de ingenio para hacerse, no solo tolerables, sino hasta precisos en ciertas casas, y el cálculo suficiente para buscar solo y cultivar la amistad de ciertas personas, para oler de una legua el olor de ciertas mesas; para anunciar desde dos su mérito, su utilidad y su música celestial. Los franceses apellidan á este tipo un *viveur*, un *pique-assiette*; los españoles solemos designarle con los no menos expresivos de *cata-caldos* y *panzas al roto*, ú otros así; pero á nuestro objeto presente cumple calificarlos con el de *vergonzantes de buen tono*.

No lejos de esta categoría de existencias enigmáticas de *caballeros del milagro*, como se decía en los pasados tiempos, se puede colocar la de los adoradores del albur, desde los que le sacrifican al aire libre en los druidicos altares de las afueras de la puerta de Toledo ó de las alturas de Chamartin, hasta los que llevan la voz y el compás en los adreos salones y perfumados gabinetes. Este género de industria es epícurico, ó común á entrambos sexos, y comprende, además de los juga-

dores, diversos papeles y condiciones, desde el bravo tenieron que cobrar el barato en las briscas de la Virgen del Puerto, hasta la reverenda matrona que franquea su habitación para el sacrificio; y concluido este á las altas horas de la noche, recoge el tributo que los fieles han depositado debajo del candelero.

A propósito de esta, cuando era mas jóven y podia contar con otro capital de gracias, también su fortuna estaba en el *candelero*, también su altar rebosaba de adoradores, también su boato eclipsaba el de las clases mas elevadas. Y sin embargo nadie la conocía fincas ni rentas de ninguna especie, nadie la sospechaba herencia alguna de su difunto esposo, que al decir de las gentes murió en la cama de un hospital. Nadie tenía por otro lado tacha alguna que oponer á su conducta; la numerosa sociedad que frecuentaba sus salones, era lo mas escogido y brillante de Madrid; no había todavía en ellos discretos gabinetes cerrados con puerta de espejo, ni escaleras privadas, ni veladores con verde tapiz; allí solo se trataba de pasar las horas apaciblemente en sabrosas pláticas, en amorosos suspiros, en ligeras danzas ó en conciertos espléndidos y armoniosos. La señora de la casa, hacía los honores de ella con aquella amabilidad estereotípica de las gacetas y revistas madrilenas, y todas las semanas lograba la satisfacción de ocupar una buena columna de aquellas con la reseña de la última *molebi-*



Esclavo en Sahara.

doble soirée de la amable señora de tres estrellas, empezada con un catálogo razonado de toda la pléyade de bellezas de aquel cielo; catálogo por otra parte idéntico al de la noche anterior, que empezando en la hermosísima y gentil persona de la marquesita de A... seguía por todas las letras del alfabeto hasta concluir con la fantástica belleza de la condesita de Z...—A toda esta música celestial de los gaceteros y cronistas de tocador, algun indigesto lector solia exclamar:—«¿Todo esto está muy bueno, ¿pero quién es esta brillante dama, qué y con qué medios cuenta para sostener todo este lujo, y para reunir y obsequiar á tan alta sociedad?»—Nadie por entonces hubiera tenido la ocurrencia de calificar á *pobre vergonzante*, y sin embargo lo era; pero tan solo á ciertas horas del día, y en presencia de un personaje que por su gracioso conducta tenía la bondad de dispensar los favores, los empleos, los honores y demás gracias al sacar, á aquellos otros vergonzantes pretendientes que preferían sacrificar una suma cualquiera á frecuentar antesalaz años enteros, que hallaban mas cómoda esta via reservada del favor que el difícil camino real de su merecimiento y su ventura.

Otra posición no menos equívoca del pobre vergonzante, es la que suele obsecar el *hombre de paja*, el *ente de razon* de los grandes empresarios, de los grandes políticos, de los grandes industriales, y hasta de los grandes escritores y publicistas; y al revés que á la dama arriba descrita, á quien no se la sospechaban los fundamentos de su fortuna, á estos suelen concedérseles otros de que carecen en realidad; representan empresas colosales, capitales inmensas, trabajos magníficos; pero detrás de todo aquel aparato de decoración exterior, solo se encuentra el vacío y la indigencia, la miseria de frac negro y del antedado guante, la perspectiva de las injurias, de las perse-

cuciones, de los procesos, y de las cárceles con que pagan en nábeza propia las especulaciones, los honores, y la grandera del feliz mortal que pudo comprar un *testaférreo*.—A este rango corresponde el que prestó su nombre á la monstruosa contrata del capitalista con el gobierno, y que sufre con paciencia las diarias invectivas de los periódicos; el *gerente* de una sociedad de industriales, que á trueque de un mezquino sueldo autoriza con su firma los embolismos de aquellos; el editor responsable de un periódico, que tiene que desagruar á la ley por un artículo que la ley le dice que ha escrito, y que si siquiera sin embargo sabe leer; el otro padre putativo que recibe á beneficio de inventario con la blanca mano del ama de llaves dos ó tres parvulillos nacidos en la casa, ahijados del señor, y que reclaman también ante la ley un responsable editor.

No solo la miseria efectiva es la que constituye al hombre en el estado de pobre mas ó menos vergonzante, sino la exigencia propia, la ambición, el lujo y la vanidad.—Uno de nuestros mas célebres dramáticos antiguos dice muy acertadamente:

«Que no el tener cofres llenos
la riqueza en pié mantiene;
que no es rico el que mas tiene,
sino el que há menester menos.»

cuya exactísima observación, contrajida á nuestro propósito, podríamos volver por pasiva de este modo:

No es pobre el que poco tiene,
sino el que há menester mas.

Con efecto, nadie puede fijar absolutamente los límites entre lo necesario y lo superfluo; para unos caracteres todo lo que pasa del

preciso sustento, del modesto vestido y del mezquino lecho; es lo segundo; para otros todo lo que falta del régio palacio, de la dorada carroza, del suntuoso festín, es lo primero.—Mendigos vergonzantes, ó inconfesos, son los que á vueltas de una patética relación, y por precio de una lamentable historia, se contentaron con una sobra de vuestra mesa ó una prenda de vuestros vestidos; mendigos disfrazados los que poblaron los salones del magnate, ó las antecámaras del poder para obtener títulos y honores de que tenían hambre y necesidad.—Pobre vergonzante el laureado poeta que dedicó las flores de su ingenio á un Mecenas que le pagó la impresión. Pobre menesterosa la jóven belleza que vendió sus gracias y sus favores á precio de una elevada prostitución, de un rico palacio, de un brillante carruaje, y de un abono de palco en el teatro Real.—Miseró vergonzante el hombre político que mendigó la candidatura para poder ofrecer un voto más al ministro de quien todo lo espera; como el fogoso brador que compró á precio de su seguridad, de su salud, de su existencia misma, esa aura popular, esa nube de gloria que mendiga todos los días desde lo alto de la tribuna parlamentaria.—Pero en fin esta es ya otra clase de mendicantes, y aquí solo quisimos tratar de los calificados en el sentido propio de la palabra. Quizás otra ocasión dando otro giro, vuelo más estendido al argumento, consideremos la cuestión en su alta esfera, más las hayamos cara á cara con las sublimes aspiraciones vergonzantes; hoy nos contraemos á la modesta condición del que *se ingema* para vivir á costa ajena sin trabajo ni sacrificio de ninguna especie, aunque si va á decir verdad, no les creemos por ello indignos de compasión, antes bien diremos con Bartolomé Torres Naharro en su *Propalada*:

«Trabajo no es menester,
Que si bien queréis sentir,
harto trabaja el comer
quien lo tiene que pedir.»

EL CURIOSO PARLASTE.

LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Continuación.)

Salta en diciendo esto de la silla, y corre presuroso á buscar al viejo Juan, el portero, de quien hubieran podido los antiguos tomar la idea del Cancebero de su mitología. Era Juan un asturiano que sin tropezar en rama hacia veinticinco años que desde Cangas se había venido á la casa-puerta de D. Braulio: por costumbre, y quizá también por simpatía, se hallaba identificado con el perro de presa, único ser que lo relevaba en su puesto á las horas de dormir: gruñan á duo, á duo ladraban, y no se sabe si también mordían; pero á pesar de aquel agreste carácter, engendrado quizá por una clase de vida algo semejante á la del príncipe Segismundo en *La vida es sueño*, todavía confiaba D. Pepito en ponerle de su parte, aunque solo fuese porque le había visto nacer. Así fué que no bien llegó á su mellico zaquizamí, cuando con dulce é insinuante voz le dijo de esta suerte:

—Mi querido Juan, es necesario que hagas una cosa por mí.

—Diga, señorito, contestó el otro. ¿Qué tiene que mandar su merced?

—Haca cosa. Es menester que esta noche á las doce me abra la cadena de la puerta; pero esto ha de ser sin que lo sienta mi padre, y de modo que no ladre el perro.

Abrió entonces Juan sus espantados ojos, y fijándolos en D. Pepito, le replicó entre sorprendido y enfadado:

—¿Qué diablos está su merced diciendo? ¿Abrir yo la puerta de la calle á las doce de la noche?... Parece que su merced quiere hurtarse de mí. El perro y yo somos bien nacidos y no engañamos á quien nos da el pan, y yo por mí hace veinticinco años que como el del amo. Así pues, señorito, dejémoslo de bromas, pues ni yo ni el perro le hemos de decir otra palabra que la que fuere razón.

Convenido nuestro enamorado de que todas sus gestiones con respecto al perro y á Juan serían igualmente infructuosas, se retiró de nuevo á su cuarto, molino y pensativo, dando al diablo además la importante fidelidad de aquel par de animales bien nacidos; pero la idea que había concebido era harto risueña para ser desechada por un obstáculo solo: así pues reflexionó un rato, y asomándose al balcón con ademán de persona que busca traza, notó que este daba sobre una ventana, suficiente baja para temer poco el daño de una caída: Y por otra parte, decía él para sí, algo se ha de aventurar en una empresa amorosa. Resuelto en fin á escalar su propia casa, templó cuidadosamente la guitarra, se armó de una espada por lo que pudiese tronar, y embebecido en la contemplación de sus dulces esperanzas, aguardó impaciente la temprana cena, y mas impaciente todavía la hora feliz de la media noche.

Sonaron en fin las doce apetecidas campanadas, y nuestro Don Pepito, con guitarra en mano comenzó á bajar por las rejas que estaban debajo de su balcón, si bien con la torpeza inherente á ejercicio por él tan desusado: así fué que enganándose el pié en el último hierro (que esa fué su fortuna), vino al suelo con estrépito, aunque á dicha no se rompió pierna ni brazo. Al ruido gruñó el perro, y por consecuencia gruñó Juan; pero es fama que ni uno ni otro llegaron á romper en el ladrido, mientras el derrengado amante, que empezaba ya á padecer físicamente por el amor, caminaba con toda la prisa compatible con sus recientes cardenales y desolladuras. Llegó con efecto frente á la ansiada y desierta ventana, y templando de nuevo el instrumento, partícipe también del batacazo de su señor, cantó la canción siguiente, compuesta á él electo por un estudiante su amigo.

Lagrata señora
que sorda á mi voz,
con desdenes hieres,
malas con rigor;
árida ó risueña
mirame por Dios;
que sino yo muero,
yo muero de amor.

Tu dulce sonrisa
dó el cielo grabo
del placer la imagen,
de ángel el candor,
á tantos afanes
sea el galardón:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

No bien concluíó D. Pepito su segunda copla, cuando hé aquí que de una ventana baja de la casa, la cual se hallaba frontera al sitio en que suspiraba nuestro nocturno cantor, se oyó salir algun ruido como de abrir los cristales, apareciendo poco despues en la reja un bulto que parecía caminar con precaución y mirar á todas partes con cautela. La noche era oscura, y la ventana elevada casi á la altura de un hombre; por otra parte, en aquel cuarto no había luz alguna, dejándose solo traslucir que el recatado bulto llevaba puesta una cosa blanca, sin poder discernirse si por los hombros ó por la cabeza. Lalió entonces de placer el corazón del dichoso amante; contollearon sus ojos con el triunfo, y con ademán más que nunca amarfatado, volvió á cantar de esta manera:

Mírame á tu reja
constante amador
exhalar suspiros
de ardiente pasión.
Ah! logren mis ansias
el primer favor:
que sino yo muero,
yo muero de amor.

El animado y blanco bulto de la ventana, si bien permanecía en aquel mismo sitio, daba evidentes señales de impaciencia. Conoció por ellos D. Pepito que debía ya cesar en su canto, juzgando razonablemente que aquellas señas le indicaban el temor de que despertase la entonces burlada Doña Estefanía; y así, añorando la prima de la guitarra en señal de tregua, se aproximó con paso temeroso á la reja que le separaba del ídolo de sus pensamientos, y con curliada y meliflua voz le dijo de esta suerte:

—Si este primer favor que obtienen mis ansias, y que pagará gustoso con toda la sangre de mis venas, me autoriza, hechicera Rosita, á esperar de V. mas halagüeña correspondencia á una pasión que mis miradas han debido darle á conocer mucho tiempo há, forzoso es que ponga el sello á sus bondades permitiéndome que esta misma reja que ya adoro, sea testigo muchas veces de mi amor, y que á ella venga frecuentemente á cantar mis esperanzas, como esta noche ha escuchado sus desdenes. Sé que necesito llegar á merecer á V. á fuerza de fineza y constancia; pero si los cortos méritos de un cariño superior á los obstáculos, unidos á la pureza de mis intenciones, son de algun peso en el corazón de la perla de Cádiz, entonces no debo llevar la desconfianza hasta el punto de la desesperación. Concluyo pues suplicando á V. se digne admitir este billete, y si logra por respuesta una letra de V., besaré mil veces los caracteres que me prometen la felicidad de mi vida entera.

Diciendo esto alargó la mano con el objeto de colocar en la de su querida la misiva de que era al propio tiempo portador, cuando saliendo de entre los hierros unas férreas y negras uñas, asieron de las narices al tierra enamorado, sacudiéndoselas con violencia tal, que sin ser parte

se contenerse, comenzó á dar lastimosos alaridos: á ellos saltó su presa la mano atenciosa, y volviendo la espalda la fantasma á que pertenecía, dióse á correr por el cuarto, dejando caer la tela blanca en que iba rebozada, y mostrando en su fuga el prolongado rabo de un feisimo y corpulento mico de Doña Estefanía, el cual, rota la cadena, se había envuelto en un pedazo de lona vieja que le servía de cama, y asomándose á la ventana atraído por la música que á deshora sonaba en la calle.

Entre tanto los agudos chillidos y el castañeteo de dientes del horrible mico, juntamente con los lamentos del desengañado amante, habían atraído al balcon á una vieja que vivía en un mirador de la casa de enfrente, la cual, molina además porque los cantos de D. Pepito hubiesen interrumpido su sueño, vació sobre el malaventurado músico tal diluvio de líquidos de dudosa procedencia, que mi pobre mozo no tuvo otro remedio que volver malparado y hecho una sopa al abandonado hogar paterno. «Era este, dijo, aquel primer favor tan anhelado? Y echando una triste ojeada sobre su remojada persona, exclamó entre suspiros: «¡Ay amor, como me has puesto!»

CAPÍTULO III.

LA BUENA VENTURA.

Prosa. — ¡Válgame Dios que cambian las cosas que sé yo! (Luzca, El desechado por Jorrea.)

Bajo la fe del doble Argos que guardaba su ferrada puerta, repasaba D. Brulio la senlenta cena de la pasada noche, bien ageno de que su posteridad se cuidase tan poco de dormir, y menos aun de que anduviese á aquellas horas en sábrosas pláticas con un mico; así fué que hasta bien entrado el día no dió acuerdo de su persona. No sucedía lo mismo á nuestro D. Pepito, quien después de haber tomado por asalto la casa paterna, entrado en ella barto mas mustio y remojado de lo que salió, procuraba en vano conciliar el sueño que leía de sus párpados. «Hé aquí frustrados, decía, todos mis halagüeños proyectos: héme aquí escamecido por alguna impía bruja sin duda, y magullado por un inmundito animal, cuando creía bien al término de mis limitadas esperanzas. Pero por otra parte, continuaba, ¿esta suficiente razon para desistir de los proyectos que tengo formados, y que en vano trataría de abandonar? No por cierto: ni es tan corto mi camino que desmaye por un revés, ni se han agotado todavía todos los recursos.» Meditó en seguida un rato, y prosiguió después diciendo:

«Esa madre caribe es un obstáculo superior á las fuerzas humanas; pero aun esto sería lo de menos á conocer yo que Rosita me quería, y á la verdad, no puedo engañarme á mi mismo: ella, maldito el caso que hace de mí.

Esta última reflexion era en efecto tan cierta que triste, y su exaltado estado de tal manera el ánimo de nuestro enamorado, que pálido y confuso salió de su cuarto apenas era de día. El primer objeto que se presentó á su vista en aquella desusada hora, fué la vieja Remigia, vrida desde el año del terremoto, y después doncella de la difunta muger de D. Brulio. El entrañable cariño que profesaba á Pepito hizo que se asentase al varón tan demudado y tan madrugador: y así habiéndole dado los buenos dias, y preguntándole acerca de cómo había pasado la noche, entró francamente en materia, diciéndole de este modo.

«Su merced sabe, señorito, cuánto le quiero, y cuánto quise á la difunta (que está en gloria); por lo mismo no estrañará el interés que me tomo, así en sus pesares como en sus aumentos. Yo sé lo que es el mundo, y aunque hace muchísimo tiempo que tuvo veinte años, alcanzo lo que puede dar de así: en una palabra, su merced tiene amoros, y no es tan bien correspondido como merece.

Asombroso se quedó el buen D. Pepito al oír aquel rasgo, que él creía de sagacidad, aunque en rigor solo lo fuere de la refinada malicia natural en las viejas; y como además un enamorado novel es capaz de ir á contarle sus penas á la bigornia de un herrador, de aquí fué que se le á pa la puso al corriente de su estado, y de sus pocas, por no decir ningunas esperanzas.

Escuchole atentamente Remigia, y después que hubo acabado, le dijo con tono solemne y misterioso: «Veo que lo que su merced necesita es saber si Doña Rosa está ó no dispuesta á quererle, y eso es asunto de poca dificultad. Yo conozco una gitana que es un prodigio, y que como ella misma que es, no hay quien la eche el pié adelante en esto de decir la buena ventura. Vengamos á su casa, y por un par de pesetas sale su merced de cuidados.»

La formalidad con que esto decía la vieja, impuso un poco al enamorado Pepito; pero luchando aun entre las preocupaciones en que había sido criado y las prudentes dudas de su no muy bien cultivada razón, respondió á su consojera:

«Pues qué, ¿verés tú que pueda tanto la habilidad de una gitana que?...»

«Y cómo si lo crees! contestó Remigia; por mis propios ojos he conocido á mugeres que han visto montes veces en el pozo de la tía Blasa á sus maridos, que estaban en Indias, y otras cosas á este tenor; pero lo que no me podrá negar nadie es lo que sucedió á una cuñada mía, y que le contaré á su merced para que vea lo que sabe la gitana. Pues, señor, mi cuñada era muy pobre, y así la conocí yo hace años en el barrio de la Viña, cuando un día, habiendo ido á que la tía Blasa le dijese la buena ventura, le pronosticó esta que pronto había de tener dinero, y que la fortuna le había de entrar en su casa por el rabo de un gato negro. Fuése la muger y volvió triste á su casa por el rabo de un gato negro que dormía al lado del anafe! Así siguió por cerca de un mes, como si se hubiese criado allí desde chico, hasta que una tarde que el animal dormía junto al fuego, metió en él la punta del rabo, chunnuscándose todo: con el dolor despertó el gato, y corriendo por la puerta afuera, se metió en una habitación, desahogada hasta ya muchos años, trepándose en seguida por un rollo de esteras viejas que estaban arimadas á la pared. Con el peso cayeron al suelo las esteras, y mi cuñada encontró dentro del rollo un bolsón de cuero lleno todo de pesos duros; puso con ellos un puesto de aceite y carbon, y antes de dos años ya tenía una casa suya en la Viña. Esto yo lo ví, que no me lo contó nadie.

Los enamorados creen en brujas, porque creen en todo: así fué que vencido D. Pepito por el último argumento, y por el yo lo vi terminante que lo acompañaba, se volvió á Remigia y le dijo:

«Hoy mismo has de venir conmigo á casa de la tía Blasa. Pasa tanta alcanza, quiero saber mi suerte; y si para hacerla propicia necesito de dinero, yo la pagaré bien.

«Así sea, dijo la vieja, y dos horas después ya estaban ambos en la calle.

Al lado de la puerta oriental de la antigua villa de Cádiz, hoy Arco de los Blancos, se descubren los viejos restos del castillo que la defendía, llamado un tiempo *de la Villa*, y muy posteriormente de *Guardias Marinas*; su robusta mole yace aislada en medio de estrechísimas, sucias y empinadas callejuelas, en las que cada paso es un precipicio, y las cuales positivamente no han sido jamás pisadas por la mayor parte de mis lectores, ignorando quizá muchos de ellos hasta su misma existencia. En una pues de estas, á quienes daremos si se quiere el nombre de calles, aunque mas parezcan vericuetas de cobras, y enfrente de uno de los torresones, que á despecho del tiempo y de la autoidad alcan todavía sus negras cabezas sobre aquel negro suelo, se ven aun las ruinas de algunas casas que el desnivel del terreno hace aparecer hundidas y como subterráneas, haciendo mas triste y asombroso el aspecto de aquel lugar tan poca vez hollado por planta humana. Uno de aquellos arruinados casuchos, dice la historia, era por los años de 1799 la inarunda habitacion de la tía Blasa, y hácia él trepaban á buen paso, en el momento de que hablamos, la buena Remigia y el candido Pepito: aquella llena de esperanzas y henchida de ilusiones, á que la autorizaba la memoria del rabo del gato; y este caminando por máquina y tropezando con todo el mundo, segun antiguas y perjudicial propiedad de todo enamorado.

Era el templo de esta sibila del barrio de Santa Maria, un ahumado y sucio cuartucho, cuya natural lohreguez aumentaba el pardo color de unas paredes tan vírgenes de cal de Novoa como preñadas de telarañas, jamás molestadas por la escoba, y cuya pacífica posesion disfrutaban de padres á hijos cien generaciones de aquellos asquerosos insectos. Hácia un rincón del lado de la estrecha puerta yacia en el suelo un rollo anafe de yeso, que en algun tiempo debió de haber sido blanco, sobre el que se elevaba entre tres carbones medio apagados un deshoquizado puchero, del que exhalaba su oriental aroma el flatulento potaje de lentejas. Sobre una silla coja, arimada á la pared por una precaucion barto prudente, dormían con el tranquilo sueño de la infancia un gato maltés y un perro chino, como dormían Rómulo y Remo en la cueva de la loba del Tiber: otras dos viejas sillas, cuyas mugrientas aneas habían sido en parte recuplaxadas por algunas ralas tomicas, y una alfombra con puerlas de celosía, colgada de dos clavos que había en la pared, componian, amen de su persona, el ajuar ostensible de la tía Blasa.

Era esta una muger como de hasta cincuenta años; grandes y espantados ojos; cabello lacio, negro y lustroso como el ébano, cayendo en largas greñas sobre su espalda y á entrambos lados de su africano rostro. Uñas anchas y cortas enaguas, verdes algun dia, pendían de su cintura, dejando la parte superior del cuerpo entregada á una exclusiva cañisa, no tan extenta de respiraderos que no necesitase el auxilio de un viejo retazo de mantilla de franela, la cual, cruzada ambos pechos sobre el pecho, venian á atarse á la espalda, tres ó cuatro dedos por cima del tallo.

Al entrar Remigia y su jóven compañero en aquella estancia, donde

debja abríselas el libro de los hados, hallaron á la sacerdotisa sentada en el suelo y mondando un pepino, destinado sin duda á amenizar el nocturno gazpacho; y aunque parezca que el ser sorprendida en ocupacion tan poco digna de un intérprete de las estrellas, debió haberla enojado, no fué así, antes al contrario, no bien oyó la salutacion de la vieja doncella, cuando alzando la cabeza, y separando con la una de sus descarnadas manos los prolongados cabellos que caian sobre sus ojos, contestó con un Dios guarde á sus mercedes, sin mudar por eso de postura ni abandonar el resto de un cuchillo sin mango que empuñaba para llevar á cabo su comenzada tarea. Entonces Remigia, dirigiéndose á ella, le habló de esta suerte:

—Señora Blasa, aquí le traigo á V. un marchante que pocos mejores habrá tenido en su vida: necesita de su ciencia en la buenaventura, y de los consejos que su mucho saber puede darle; porque el pobrecito, como V. habrá conocido ya en esa cara de dos palmos de largo que trae puesta, está enamorado como un borrico de una currucuela de diez y ocho, que ha dado en la flor de no querer á mi señorito. Anima, y á él, señora Blasa, y mienta con que no lo deje por ningun dinero, pues el hijo de D. Braulio Chorrogaya merece eso y mucho mas.

En oyendo esto se levantó la gitana sobre sus chancletas, que dejaban descubrir buena parte de dos facas y desnudas piernas, y acercándose al mozo, dijo, despues de mirarle con afectada atencion:

—¡Y que es como una perla! Dios le libre de mal y lo guarde de tanta mozueta picarona como anda por ahí echando á perder á los hijos de familia. No tenga su merced cuidado, hijo mio, cuéntame todo, y confío en que se hará lo que se pueda.

Aborto estaba Pepito de cuanto veía y escuchaba; pero ya estaba dado el primer paso, y era repugnante el volverse atrás: por otra parte, ¿qué es lo que iba á aventurar en aquella nueva confesion? Así fué que sentándose á ruegos de Blasa y con la necesaria precaucion en una de las desvencijadas sillas de aquel zaquizami, comenzó á relatar de por be todo cuanto ya saben mis lectores, á los que harémos gracia de esta segunda edicion de sus quijotesos amores y de sus lastimosas aventuras. Oyólo todo atentamente la sagaz vieja, y poniéndose despues en guisa de meditar algun grave proyecto, permaneció pocos instantes con la cabeza apoyada en la una mano, cerrados los ojos, y pronunciando en voz baja algunas palabras ininteligibles, al cabo de las cuales se levantó de nuevo, abrió la alacena, y sacó de ella una mugrienta baraja, algo semejante á la del honrado Rinconete: hecho esto, pasó entre ambos el siguiente coloquio:

—Dijo su merced que esa niña se llamaba Rosa: ¿no es verdad?

—Así es en efecto; pero yo no entiendo qué tenga que ver...

Blasa entra tanto sin curarse de sus objeciones, puso la baraja en el suelo, alzó un naipe (era la sota de bastos), y sacando un alfiler pleó con él en tres distintas partes de la figura, que fueron entrambos ojos y la punta de la oreja izquierda, y poniendo en seguida el ya dicho naipe á la claridad, pareció como que observaba atentamente la respectiva distancia de las picaduras.

(Continuará.)

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Á ELISA.

¿Por qué en carmín bañads,
dulcísima doncella,
la faz ocultas candorosa y bella,
y en el tímido seno
doblas la frente, hurtando la mirada?
tal buye la paloma
y escóndese cobarde cuando asoma
la parda nube donde mora el trueno.

Oh! ven, no temas: fría
mi frente está, y sin hambre
mis ojos, que al desmayo rinde el tedio,
y mas, Elisa mia,
no aguardo en mí remedio
si no es que en tu mirada amor vislumbre,
y aspire el ámbar que tu labio cria.

¿No sé ya que me adoras
y en sed de amor tu corazón suspira?
¿Pues qué tardas? Al rayo de la luna
conmigo ven risueña
donde no turbe sombra ó voz alguna
el largo paso de las blandas horas
en nube, ó fuente, ó desatada peña.
Mirame entonces, mira
la hoguera de mis ojos apagada.

incéndiala en tu amor, y arda la lira
con tu voz y mi voz entusiasmada.

Dejemos la arboleda
cargada en fruta y flores,
en cuyos troncos el jazmín se enreda,
cuyo ramaje pueblan ruiseñores;
allí la torpe muchedumbre ondea,
la mente hartando en fútiles anteojos;
mas comprimido el corazón desea,
y brota en vano, de los labios rojos
que el azahar copioso perfuma,
amor, y amor de los sedientos ojos.

Dejemos la ignorada
húmeda gruta como noche umbría
donde nunca tocaron de pasada
ave, aroma de flor, ni luz del día,
donde trémulo acude,
por que la negra soledad le escude,
el miserable adúltero que corre
la senda del placer con torpe planta,
aquel que en pena tanta
pide á la sombra que su dicha borre
y odia el recuerdo que la dicha encanta.

Libres somos tú y yo, como la hoja
que salta leve del robusto tronco,
y, ya camina por el aire ronco
de las nubes en pos, y ya se arroja,
detrás de la corriente
que lenta avanza del peñón la fuente.
¡Libres somos los dos! Y ni engañado
esposo en justo ceño,
ni padre amante, ni galán burlado,
turbarán el instante que halagüeño
des, Elisa, á mi pecho enamorado.

Dulce, eterna ventura
hallaremos tranquilos,
dehajo de los tilos
que nos están sus copas ofreciendo,
y en lecho de balsámica verdura,
solos los dos, mas de ninguno huyendo;
y en suspiros rompiendo
irá mi voz tras de tu voz querida,
y acorde oiremos su feliz conjunto,
mirándose en un punto
mi alma con tu alma confundida,
y mezclado en ardiente desvarío
con tu cándido amor el amor mio.

¿Y aun te ocultas? ¿Aun velas el semblante,
y al pecho palpitante
juntas la blanda frente, y en rocío
de amargo llanto impio
conviértense, mi Elisa,
las dulces olas de tu dulce risa?
Qué tienes? ah! ¿te enoja el que te ama
tanto, ó quizá el acento dolorido
que tu desden me arranca,
ó que á frondosa soledad te llame,
y aquella, á cuyo rayo te convido,
cándida luna, silenciosa y blanca?
Dime, mi bien, qué tienes,
mira que solo en ti venturas creo,
y si á la voz de mi cantar no vienes
con lento afán me malará el deseo.

Peró ¡al cabo la pena
de tu sencillo corazón comprendo!
¡esto rubor tirano te encadena,
y al explicarte mi pasión te ofendo!
ay! cómo quieras á cuitar me obligo,
mas ven, Elisa, por piedad conmigo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

22 de Abril de 1882.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacquotrezo, 26.